

Juan Barros

L'ilesia



A Laguna se llama por la forma de semicírculo en que una veintena de chozas dispersas están encerradas en una ensenada que forman los primeros cerros de la cordillera en el Cajón del río Teno. En los días de neblina, mirado el semicírculo desde la altura, parece una laguna verdadera.

Le viene bien a dicho lugar el nombre de «Laguna», si se considera la psicología de sus habitantes, que son señalados como los más viciosos de la región del Guaico.

Por este motivo, todos los años se les proporcionaba una «misión» a los laguninos. Ese año estaba a cargo de un redentorista hijo de Francia, soldado de Cristo enflaquecido y talvez herido gravemente en heroicos asaltos a la ignorancia y a la incredulidad.

Había hecho su servicio militar y, cuando fué llamado por la patria para que se inmolará, al poco tiempo de llegar a los campos de batalla de la Gran Guerra, murió volatilizado mientras decía la Misa en un reducto cerca de Arrás. Esto sucedió un año después de haber dado la misión en La Laguna.

Alto, seco, frugal en sus maneras, apacible para hablar y mirar, el padre Armando escondía bajo la sotana negra un haz de fibras de acero y un corazón en que podían caber todos los dolores de la Humanidad y encontrar refugio seguro y agradable.

Se había despojado de un inmenso caudal de erudición para ir a predicar la verdad a los laguninos, a esos pobres lisiados que en medio de la más abyecta promiscuidad, tenían cierto estigma marcado de degeneración: los hombres eran chicos y tenían cara de mulos; casi todas las mujeres cargaban colo en la garganta y tenían el impávido semblante de las ramerás campesinas, siempre dispuestas, siempre golpeadas por el macho brutal.

Nos paseábamos un día con el padre Armando por el largo corredor de las viejas casas de «La Laguna», mientras llegaba la gente a escuchar la prédica de la tarde, y me decía:

—Mientras más fieles seamos los misioneros en copiar la figura de Jesús,

mejor seremos atendidos por los pobres. El perdón, siempre el perdón: en esto consiste toda mi pedagogía: así las rocas dan agua y los corazones bondad.

•Pero los laguninos, agregaba, son reacios a estos procedimientos; los laguninos necesitan nacer de nuevo para alcanzar el honor de ser considerados como hombres, son demasiado ignorantes, están demasiado degenerados.

•La palabra divina rebota en el corazón de piedra de esta pobre gente y se necesitaría un milagro, un milagro enorme, para sacarla del reino animal y convertirla en un pedazo de humanidad.

Yo escuchaba las palabras del padre Armando con emoción y podía ver mejor que nadie la verdad que resplandecía en ellas.

—Bien lo sabe Ud., continuaba, mirándome muy adentro en los ojos. Ud. que vive todo el año en el campo, Ud., que ha remediado tantas cosas en este lugar, Ud., que conoce la vida íntima de cada infeliz tan bien como yo...

—Pero Ud. me lleva una ventaja, reverendo padre, puesto que las oye directamente en el confesonario...

—Sí y nó. Yo las oigo, es cierto; pero estoy imposibilitado para remediarlas. Ud. las ve, tal vez las palpa, y algo puede hacer en favor de esta metamorfosis que ambos deseamos efectuar con igual empeño.

•Yo estoy cansado de perdonar, de perdonar siempre y de oír la horrible realidad de esta gusanera humana engendradora de tantos seres inútiles y enfermos.

•Yo no me explico cómo ha podido acontecer esta atrofia de la personalidad humana en este rincón maravilloso de naturaleza tan exuberante, donde han vivido durante tantos años las mismas familias en el mismo estado de abandono.

Hablaba el misionero como contestándose y tratando de sonsacarme todo lo que yo supiera sobre la misteriosa realidad que las misiones sucesivas no habían logrado desenmascarar.

—Recuerdo, empecé por decirle, haberle oído al viejo Pereira, el capataz del Peñón, en las largas conversaciones que con él sostuve en continuos viajes a la Cordillera que, en sus mocedades, conoció a una mujer, una vieja que se llamaba ña Chepa Díaz, que según él era la bisabuela de casi todos los laguninos. Esta tal ña Chepa murió de lepra. Había sido en su juventud una muchacha casquivana, famosa en el lugar por las frecuentes traiciones que hacía a su marido, un tal Mancilla. Entre los amantes de esta mujer se contaba *el turco José*, que era tuerto y tartamudo por tener en la lengua una verruga infecciosa. Este turco era *falle* y recorría todos estos lugares vendiendo *cosas de tienda* y baratijas. La Chepa, cada vez que *el turco José* llegaba a La Laguna, lo alojaba en su casa, y cuentan las crónicas que el año en que Mancilla, su marido, tuvo que quedarse en la Argentina cuidando los ganados del patrón, *el turco José* lo reemplazó en la casa con ventaja, de resultas de lo cual nació el tercer hijo de la Chepa, al cual le decían también *el turco*.

•Según Juan Pereira, *el turco* era el padre de todos los laguninos, porque fué el único de los hijos de la Chepa que sobrevivió a sus padres, los demás murieron en la primera edad porque los cuidados de la madre se concentraron en

el turco, mientras los demás hijos rodaron aguas abajo por el estero o se desbarrancaron en la cordillera, arreando ganado.

«Agregaba también Juan Pereira que *el turco chico* había heredado la verruga y el ojo tuerto del padre y que de su casamiento con una tal Juana Ose, resultaron diez hijos, que salieron unos con la cabeza demasiado grande, otros con los pies atrofiados, unos con coto y algunos con las pestañas y la cabeza nevada, y que éstos eran los más miserables.

«Y como aquí, en «La Laguna», todos se apellidan Mancilla, Ose o Díaz, nadie me quita de la cabeza que el turco José con su verruga y sus malos humores sea el fundador de esta atrofia mental y fisiológica que Ud., reverendo padre, ha tratado de curar inútilmente en los laguninos con agua bendita y con pan del cielo, en vez de haber empleado para ello un poco de mercurio o de *neo*.»

El misionero me miró sorprendido y cuando concluí de hablar en forma tan impía, exclamó:

—Ahora sí, ahora sí que me explico el origen de esta realidad espantosa... Sí, sí, el turco José, ése, ése fué el infame, ése fué el que enturbió en la fuente el agua clara de la ascendencia de toda esta raza que debió ser fuerte y hermosa como la guaiquina y peñonina. Por eso se han aislado y no se han mezclado con los demás. Están marcados con fuego y todos les huyen el cuerpo.

Estranguladas por la rabia y la indignación salían estas exclamaciones de la flaca garganta del misionero; y al sonar la campana para reunir la gente en el patio de las viejas casas y empezar la repartición de la noche, vi que los ojos del padre Armando se entornaban hacia arriba, como diciendo:—¡Señor, Señor, perdónalos porque no saben lo que hacen!

Antes de dirigirse el padre Armando a encender las velas del altar, situado en medio del corredor, me dijo con curiosidad:

—Más tarde, después de la plática, hablaremos.

El gran patio en forma de herradura, frente a las viejas casas coloniales de alero amplio y protector, bajo los nisperos y eucaliptus frondosos, a la luz de faroles chinoscos, era el recinto obligado de la misión. Ahí se apiñaba la manada a entonar el sonsonete de los cánticos sagrados y a escuchar las parábolas estupendamente claras que la voz cálida y agradable del padre Armando, a propósito para ser escuchada en Nuestra Señora de París por un millar de mujeres mundanas, hacía desfilas como una cinta de cine ante las caras impertérritas de autómatas contrahechos que parecían pájaros-niños, monos, mulos, cacharros de greda.

Las cincuenta bestias diciendo al unísono:—Avée... Avée... Avée, María... en nada se diferenciaban de una piñada de ovejas hambrientas balando en la puerta de un potrero.

El padre Armando les dirigía la palabra desde la primera grada del altar, que era un trono de luces sobre el cual resplandecía la imagen de Jesús con su corazón y sus manos heridas con encono por uno de esos terroríficos pintores de imágenes italianos que suelen poner malicia en los ojos castos de las vírgenes y demasiado bermellón en la sangre de los mártires.

Esa noche el misionero habló con verdadera compasión.

•Hijos míos, les dijo, yo soy para vosotros un médico que desea curar las enfermedades de vuestras almas, que son la imagen de las que atormentan vuestros cuerpos.

•Decidme con toda claridad lo que necesitáis y yo os lo daré gustoso, pobres hijos míos.

•El plan que me había propuesto desarrollar en esta misión lo voy a cambiar por otro más práctico, que atiende, no tanto a las necesidades de vuestra alma, como a las de vuestra salud corporal, que es la base de la moralidad perfecta.

•Venid a mí todas las mañanas, y yo os daré remedios y consejos sobre este punto.

•En esta obra regeneradora tendré de ayudanta a vuestra patrona, que seguramente contribuirá a la regeneración de vuestras costumbres, proporcionándoos los medios de hacerlo. (Aludía a la dueña del fundo, que era una de estas beatas fanáticas que heredan los feudos y los mantienen durante cien años en el mismo estado de abandono en que los recibieron).

Terminada la ceremonia, el predicador dirigió sus pasos hacia mí, y abriendo los brazos, me aprisionó efusivamente entre ellos.

—Quisiera hablar con Ud. en mi pieza, me dijo.

—Y yo también, le respondí; pero desearía presentarle antes a la Genaida. ¿Conoce Ud. a la Genaida?

—Claro que sí, ¿la viuda de los seis hijos?

—Esa, esa misma.

Me mezclé en el piño que iba abandonando ya el recinto de la misión y busqué a la Genaida, que en ese momento, rodeada de sus seis hijos, se disponía a salir del patio.

—Genaida, Genaida, te llama el padre Armando.

Me miró imbécilmente, y en una sonrisa inexpresiva, me mostró toda la blanca dentadura: había entendido lo que yo le insinuaba.

Era la Genaida una mujercita pequeña y bien formada que tenía en su cara idiofizada rastros de haber tenido en la juventud una pequeña dosis de simpatía. De facciones menudas, andar lento y mesurado, con una criatura siempre en los brazos, era la imagen de la complacencia y también de la inocencia. Tenía todavía cierto sello de juventud y de indestructibilidad. A nada decía que nó. Para ella, todo era bueno, el hambre, la desnudez, hasta la burla soez de los hombres que comentaban a carcajadas su noble vida de ramera campesina.

Entró a la pieza del padre Armando seguida de sus seis chicuelos, el mayor de unos quince años. No todos iban vestidos; todos a pie pelado.

—Buenas noches, Genaida.

—Buenas noches, padrecito.

—Siéntate, hija mía, porque el señor (señalándome) te quiere hacer unas cuantas preguntas delante de mí...

—Bueno, pues, señor, pregunte lo que quiera y yo le responderé como mejor pueda...

L'ilesia

Tomé la palabra.

—Tú eres casada Genaida, ¿no es cierto?

—Sí, señor, con el *finao* Peiro Malo.

—¿Cuánto tiempo viviste con él?

—Una semana señor, porque las malas lenguas le contaron que yo quería a otro. Le entraron celos y me dejó *plantó*.

—¿Y estos chiquillos de quien son?

—Mios son, pues señor.

En su mirada de animal no había malicia al contestar de esta manera.

—De tal modo, Genaida, que sólo el mayor será de Peiro Malo.

—Sí, señor, los demás no sé de quién serán...

En la cara del padre Armando, que no había desplegado los labios durante la entrevista, había tanta compasión y tristeza, que, volviéndose a mí como diciéndome: —¡Basta, basta!, empujó cortésmente a Genaida hacia la puerta y a toda la parvada que la seguía como los pollos a la gallina.

—A la casa de la Genaida la llaman por aquí L'ilesia, proseguí yo, como si el cuento no se hubiera interrumpido; le llaman L'ilesia por el número de devotos que tiene Genaida y que entran a su casa por la tarde como las beatas, de una en una, pero al fin entran todas.

Los padres de los hijos de Genaida se pueden adivinar por el parecido que tienen éstos con algunos laguninos. Hasta el mayordomo tiene su representante...

Yo he oído en los corrillos que se forman en los días de pago, las bromas que se hacen unos a otros, referentes a Genaida y a L'ilesia, su casa; de lo que se deduce que sus seis niños son hijos de diferentes padres...

—¡Santo Dios! exclamó el misionero, cayendo de rodillas con las manos en alto, tus juicios inescrutables no están a mi alcance; pero manda el fuego de Sodoma y Gomorra para que esta raza maldita desaparezca, para que tu doctrina fructifique, para que mis sacrificios tengan alguna compensación!...

Cuando salí de la pieza, el santo misionero quedó inclinado hacia el suelo, en actitud de orar y de propinarse una lluvia de azotes.

Experimentaba tal vez el mismo desengaño que sufrió el Nazareno cuando le preguntó el escéptico Pilatos:

—¿Y qué es la verdad?

JUAN BARROS.